

XXVIII ASAMBLEA PLENARIA DEL CONSEJO PONTIFICIO PARA LOS LAICOS

EUCARISTÍA

Roma, 16 de junio de 2016

Saludo e introducción

Queridos amigos:

Saludo cordialmente a todos, miembros y consultores del Consejo Pontificio para los Laicos. Con esta celebración eucarística se abre la XXVIII Asamblea Plenaria de este dicasterio – la última en su actual configuración estructural. Como saben, en el marco de la reforma de la Curia Romana promovida por el papa Francisco, dentro de poco nacerá un nuevo dicasterio para el laicado, cuyas competencias se ampliarán también hacia las cuestiones que conciernen a la familia y la vida.

En esta eucaristía queremos dar gracias al Señor, en modo particular, por los cincuenta años de servicio del Consejo Pontificio para los Laicos a la gran causa del laicado en la Iglesia. Este dicasterio, que nació por expresa voluntad de los Padres Conciliares, es testigo de los abundantes y bendecidos frutos que el magisterio del Concilio Vaticano II ha generado en la vida y la misión del laicado católico.

Queremos recordar también a los que nos precedieron en este servicio, porque lo que somos hoy – como Consejo – se lo debemos al generoso compromiso de las generaciones pasadas: oficiales, miembros y consultores... Por último, queremos encomendar al Señor en esta santa misa la misión del nuevo dicasterio, que será inaugurado por el Santo Padre Francisco.

Queridos amigos, preparémonos ahora espiritualmente a la celebración de esta eucaristía mediante un acto sincero de arrepentimiento por nuestros pecados:

- * Señor, que eres el camino que conduce al Padre – ten piedad de nosotros.*
- * Cristo, que eres la verdad que ilumina al pueblo – ten piedad de nosotros.*
- * Señor, que eres la vida que renueva el mundo – ten piedad de nosotros.*

Dios omnipotente tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

Homilía

Laicos: testigos del “fuego profético” en el mundo

1. Recientemente, hablando de la situación del laicado católico, el papa Francisco recordó un eslogan largamente difundido en la época inmediatamente postconciliar: en la Iglesia “es la hora de los laicos”. Después añadió en un modo algo provocativo: “pareciera que el reloj se ha parado” (*Carta al Card. Marc Ouellet, presidente de la Pontificia Comisión para América Latina, 19 de marzo de 2016*). De este modo, el Santo Padre quiso alertarnos a todos – laicos y pastores – de ciertas amenazas insidiosas y riesgos que podrían acechar hoy a la vida y la misión de los laicos.

Para el Santo Padre, una de las amenazas más frecuentes para la vida del laicado, que se debe combatir con vigor, es aquélla del clericalismo. ¿De qué se trata exactamente? En este caso, el clericalismo quiere decir desvirtuar y traicionar la identidad profunda de un cristiano laico – su vocación y misión en la Iglesia y el mundo. “Esta actitud – explica el Santo Padre – no sólo anula la personalidad de los cristianos, sino que tiene una tendencia a disminuir y desvalorizar la gracia bautismal que el Espíritu Santo puso en el corazón de nuestra gente. El clericalismo lleva a la funcionalización del laicado; tratándolo como “mandaderos”, coarta las distintas iniciativas, esfuerzos y hasta me animo a decir, osadías necesarias para poder llevar la Buena Nueva del Evangelio a todos los ámbitos del quehacer social y especialmente político. El clericalismo [...] poco a poco va apagando el fuego profético que la Iglesia toda está llamada a testimoniar en el corazón de sus pueblos” (*Ibidem*).

Entonces, ¿qué podemos hacer para que este reloj, que ha marcado la hora del laicado en la Iglesia, no se pare en nuestro tiempo?

2. El papa Francisco habla del “fuego profético” que tiene que animar toda la Iglesia y, en particular, a los fieles laicos que viven en el corazón del mundo, para que sean realmente sal de la tierra y levadura evangélica... Pero, ¿qué significa aquel “fuego profético” del que habla el Santo Padre? Para contestar esta pregunta, viene en nuestro auxilio la primera lectura de la Liturgia de la Palabra de este día, que está tomada del Libro del Eclesiástico. Ésta nos presenta la figura de Elías, gran profeta del Antiguo Testamento: “Surgió como un fuego el profeta Elías, su palabra quemaba como una antorcha. [...] De ti [Elías] está escrito que en los castigos futuros aplacarás la ira antes que estalle, para hacer volver el corazón de los padres hacia los hijos y restablecer las tribus de Jacob. ¡Felices los que te verán! (*Eclo 48,1; 10-11*).

En la vida del pueblo de Dios del Antiguo Testamento, los profetas desempeñaban una misión de extrema importancia. Eran los testigos especiales de Dios, de su presencia llena de amor en medio de su pueblo. Eran los portadores de su palabra. Mediante los profetas, Dios enseñaba a su pueblo, pero también lo amonestaba y corregía cuando se equivocaba y alejaba de sus mandamientos. La misión de los profetas nunca ha sido fácil. Los profetas, como Elías, eran intrépidos defensores de la causa de Dios en el mundo y de su Ley. Con sus palabras despertaban las conciencias adormentadas. Pero a menudo eran incómodos y se convertían para el pueblo en un signo de contradicción. Fueron perseguidos y no pocas veces se les mataba a causa de su predicación. A pesar de ello, el pueblo tenía una profunda necesidad de su presencia y, cuando faltaban en ciertos períodos de la historia, el pueblo se sentía solo, abandonado de Dios, confundido y perdido.

3. La Iglesia misionera, una Iglesia que, en salida valiente hacia las periferias del mundo, advierte la urgente necesidad de volver a encender en sí el fuego que animaba la vida de los profetas. ¡Los laicos cristianos tienen que redescubrir por ello la belleza de su vocación profética en el mundo! ¡Ellos tienen que dejarse abrasar por el fuego y el celo misionero que animaba a los profetas! Ya en aquellos tiempos lejanos, Moisés expresaba su angustioso anhelo: “¡Ojalá todos fueran profetas en el pueblo del Señor, porque él les infunde su espíritu! (Núm 11,29)”, y en la profecía de Joel, Dios mismo prometía: “Yo derramaré mi espíritu sobre todos los hombres: sus hijos y sus hijas profetizarán...” (Jl 3,1).

El Concilio Vaticano II recordó que todos los bautizados participan en la misión profética de Cristo mismo, el que “habilita y compromete a los fieles laicos a acoger con fe el Evangelio y a anunciarlo con la palabra y con las obras, sin vacilar en denunciar el mal con valentía. Unidos a Cristo, el «gran Profeta» (Lc 7,16), y constituidos en el Espíritu «testigos» de Cristo Resucitado, los fieles laicos son [...] igualmente llamados a hacer que resplandezca la novedad y la fuerza del Evangelio en su vida cotidiana, familiar y social, como a expresar, con paciencia y valentía, en medio de las contradicciones de la época presente, su esperanza en la gloria «también a través de las estructuras de la vida secular»” (*Christifideles laici*, n.14). Hacer presente el Evangelio en la vida pública, la cultura, los medios de comunicación, la economía, el mundo del trabajo y la política les corresponde sobre todo a los cristianos laicos, formados adecuadamente, siendo competentes y animados por un vivo sentido de responsabilidad por el mundo en que vivimos. En esta misión – subraya papa Francisco – no necesitan el “obispo-piloto o el monseñor-piloto” (cfr. *Discurso de apertura de la 68ª asamblea general de la Conferencia Episcopal Italiana, 18 de mayo de 2015*), porque ésta es su vocación, la tarea que el Señor les ha confiado.

¡Qué necesario es hoy que en las almas de los cristianos laicos se despierte este celo santo por la causa de Dios en el mundo, precisamente el celo de los profetas! Hoy en día, defender la causa de Dios en el mundo quiere decir también defender al hombre, su

dignidad inalienable y su alta vocación. Sobre todo los laicos, hombres y mujeres, están llamados a ser en nuestro mundo una voz profética que grita en el desierto, una voz que a menudo va contracorriente, que incomoda, que no es escuchada, que a menudo es rechazada, pero que ciertamente es necesaria e indispensable. ¡Ay de nosotros cristianos si faltara nuestra voz!

Ser profetas en el mundo – nos lo recuerda el Año Jubilar que estamos viviendo – quiere decir ser testigos e instrumentos de la misericordia de Dios, sobre todo hacia los que están lejos, en las periferias, los que están heridos por la vida... Los profetas siempre han sido grandes maestros de las obras de la misericordia corporales, pero especialmente de aquellas espirituales (¡que son aún más difíciles!): consolar a los afligidos, aconsejar a los que dudan, enseñar a los ignorantes y, sobre todo, corregir a los pecadores, es decir despertar las conciencias morales a menudo adormecidas y anestesiadas. ¡Cuánto valor se necesita hoy para llamar por su nombre el pecado y el mal moral dondequiera que se anide, sin confundir las cosas! Es verdad que esto hay que hacerlo con espíritu de caridad y con humildad, porque todos somos pecadores y necesitamos la misericordia. Ante el mal, las injusticias, tanta pobreza moral y material presentes en el mundo, nosotros los cristianos no podemos permanecer indiferentes, cómodos o en silencio, y tener la conciencia tranquila... No olvidemos, que precisamente aquí se juega nuestro ser o no ser como cristianos, es decir ser discípulos y misioneros de Cristo – testigos e instrumentos de su misericordia en el mundo.

Pienso que aquí tenemos algunos pensamientos que nos pueden ayudar a entrar en el clima de esta última Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para los Laicos en su actual configuración. En esta eucaristía queremos invocar el Espíritu Santo, para que descienda sobre nosotros y encienda en nuestros corazones aquel “fuego profético”, que el día de Pentecostés impulsó a los apóstoles a salir valientemente del cenáculo de Jerusalén y a llevar el Evangelio hasta los confines de la tierra.